

**Tartessos: CONFIGURACIÓN Y COLAPSO DE UNA SOCIEDAD PREURBANA EN LA
PENÍNSULA IBÉRICA**

David ESPINOSA ESPINOSA
Fernando GUTIERREZ MARTÍN

**REFLEXIONANDO: PROBLEMÁTICA EN TORNO A LOS ESTUDIOS SOBRE EL
COLAPSO DEL MUNDO TARTÉSICO.**

El colapso del mundo tartésico, también denominado “horizonte cultural tartésico”, ha sido abordado desde múltiples perspectivas en el seno de la corriente de estudios que centra su investigación en los contactos acaecidos entre las comunidades indígenas peninsulares y los grupos humanos procedentes del Mediterráneo Oriental, insertos en el contexto de la colonización del Mediterráneo Occidental.

El estudio, análisis y comprensión del proceso político, social, económico y cultural que ocasiona el declive de Tartessos, a través de los textos grecolatinos y de los restos arqueológicos, ha originado una serie de formulaciones hipotéticas que tratan de esclarecer los hechos que condujeron a la caída de la entidad tartésica en todas sus vertientes. El apasionado debate que ha generado esta cuestión, con tintes románticos en la historiografía española, ha sacado a la luz la opinión mayoritaria de un amplio grupo de investigadores que consideran las teorías construidas insatisfactorias e incompletas. Se trata de concepciones superadas desde hace tiempo que, por falta de interés y revisión crítica, perpetúan ciertas ideas en el tiempo ante la ausencia de nuevos trabajos. Si bien es cierto, esta tendencia está cambiando en los últimos años, debido, principalmente, a los nuevos estudios emprendidos que introducen una metodología novedosa en este campo y una visión integradora de los datos arqueológicos. Por este motivo, para explicar las causas del colapso tartésico, desde la mayor objetividad posible, es necesario tener presente una serie de consideraciones teóricas generales sobre la realidad tartésica y el fenómeno del colapso en las sociedades complejas, hecho inherente a las mismas.

Tartessos es una realidad geográfica de ámbito atlántico “orientalizada”. Dejando a un lado las discusiones relativas a su filiación geográfica, se ubica comúnmente más allá del Estrecho de Gibraltar, en el Atlántico, en el extremo occidental del Mediterráneo. Resulta ser una entidad territorial difusa, sin un núcleo centralizador y un sistema burocrático-religioso establecido. Sería más acertado indicar que se trata de un horizonte cultural caracterizado por la incidencia de múltiples elementos de procedencia oriental, “orientalizantes”, arribados a través de un flujo continuado de llegadas, sobre las comunidades del Bronce Final del suroeste de la Península Ibérica. Los grupos humanos, llegados desde el Mediterráneo centro-oriental a las inmediaciones del sur de la Península Ibérica, habrían contemplado la existencia de un conjunto de comunidades inmersas en un incipiente proceso de desarrollo estructural, social, política y económicamente hablando; fruto del progresivo control de rutas comerciales locales, la intensificación de la producción agropecuaria y la influencia de elementos materiales e ideológicos de una *koiné* mediterránea oriental. En el territorio habitado por estas comunidades indígenas, proto-tartésicas, se diferencian dos partes fundamentales: un núcleo irradiador en el Golfo de Cádiz, integrado por dos focos culturales, el onubense y el situado en el Bajo Guadalquivir, y un territorio periférico, su *hinterland*, comprendido por los territorios vertebrados

por los ríos Guadiana y Tajo, en su parte media y baja (Extremadura, centro y sur de Portugal, y Castilla La-Mancha).

El tratamiento, análisis y estudio del colapso de las sociedades humanas requiere el manejo de múltiples aspectos interrelacionados para lograr satisfactoriamente una explicación coherente y completa. La realidad inherente a este proceso es muy compleja, por lo que es necesario llevar a cabo un análisis del fenómeno desde distintos puntos de vista, siendo necesario integrar los resultados bajo una misma visión.

Intentaremos defender fundamentalmente la idea de que el colapso se debe entender como un complejo proceso político, con consecuencias económicas, sociales y culturales, por el que una sociedad pierde rápida y significativamente un nivel establecido de complejidad sociopolítica (Tainter, 1988: 4). El estudio del colapso en las sociedades complejas ha posibilitado el establecimiento de una serie de factores interrelacionados que intervienen decisivamente, pero de distinta manera, en él (Tainter, 1988: 93, 118 y 194). Su origen, por lo tanto, no debe separarse de la conformación de las sociedades.

Expondremos más adelante que teorías de colapso elaboradas fruto de múltiples estudios independientes son -en la mayoría de los casos específicos- insatisfactorias e incompletas. Por este motivo, es imprescindible abordar el estudio desde una perspectiva multicausal, y evitar de este modo caer en simplificaciones vacías de contenido. No obstante, se debería evitar, pensamos, elevar estas generalizaciones unificadoras al rango de leyes, pues la existencia de leyes universales en ciencias sociales, y en general en ciencias, es de difícil demostración por lo que sabemos ahora de la investigación. Es por ello que proponemos que las teorías que formularemos en adelante (especialmente la de los rendimientos decrecientes) sean tomadas como un punto de partida a tener en cuenta para ayudar en el desarrollo de posibles hipótesis referentes al colapso de diversas sociedades (ej: Tartessos). Es por ello que el segundo punto lo hemos dedicado a las teorías del colapso y el tercero a su aplicación y adecuación al caso particular del colapso tartésico. Probablemente habrá factores que se minimicen usando esta aproximación teórica, pero intentaremos defender y explicar que, en el caso que nos ocupa, la teoría de los rendimientos decrecientes puede englobar (por su generalidad) a la mayoría de los estudios que sobre este tema se han hecho y que probablemente se hagan. A algunos puede parecerle demasiado simple y general, pero para nosotros es un excelente **punto de partida** que no debería ser desaprovechado en las investigaciones futuras sobre este asunto.

Más adelante la explicaremos con detalle, pero adelantaremos que la sociedad, entendida como materialización cultural de los grupos humanos, es frágil, vulnerable e inestable por la naturaleza de los elementos y de las estructuras internas que la configuran (Tainter, 1988: 1-3). Los sistemas sociales, y la organización política que adoptan, se mantienen gracias a un continuo flujo de energía. Cuanto mayor grado de complejidad posee una sociedad más energía *per capita* necesita para su sostenibilidad y crecimiento. Por este motivo, han sido elaborados a lo largo de la evolución humana múltiples mecanismos por los que los grupos adquieren y distribuyen la energía. Éstos se condicionan a las instituciones sociales y políticas vigentes, por lo que unos y otros deben coexistir armoniosamente. Mas cualquier fisura en este complejo sistema social pondría en peligro la estabilidad de la estructura sobre la que toda sociedad asienta su progreso ideal. El colapso, por tanto, debe entenderse como un hecho normal; la cruz de una moneda cuya efigie es el crecimiento, la complejidad y el progreso, pero que aparece más a menudo de lo que se cree.

En el caso que nos ocupa, son múltiples y de diversa índole las causas propuestas para explicar el ocaso del mundo tartésico. Las hipótesis propuestas para entender el colapso de Tartessos se relacionan con:

- Reducción o agotamiento de los recursos vitales.
- Insuficiente adaptación a las circunstancias.
- El incremento de la conflictividad social.
- La sucesión sistemática de conflictos bélicos.
- La transformación de la ideología establecida.

Nosotros, en este trabajo, intentamos desarrollar y aplicar en la tercera parte una más acorde con la realidad estudiada, la basada en la ley de rendimientos decrecientes, ya hemos dicho que entendida como un modesto punto de partida clarificador para posteriores investigaciones arqueológicas.

Remontándonos a la tradición, a través de la tesis defendida por el historiador y filólogo Schulten, se ha considerado la caída de Tartessos como la consecuencia de un supuesto imperialismo agresivo de los cartagineses en su lucha contra los focos por la hegemonía, no sólo económica sino también política y territorial, del Mediterráneo (Wagner, 1991: 1-37). C. G. Wagner observa en esta visión prejuicios de carácter discriminatorio, semitas *versus* indoeuropeos, difusionistas y colonialistas, y una visión del pasado en exceso contaminada por la historia reciente de Europa. Schulten defendía la existencia de dos bloques antagónicos basándose en la idea de que la colonización fenicia y griega constituyeron fenómenos contrapuestos y excluyentes en un clima de abierta competencia por los recursos de Occidente, situando la "aniquilación" de Tartessos en una fecha comprendida entre los años 520-509 a.C. (del Castillo, 1988: 71).

Un grupo de historiadores, reaccionando contra esta teoría, sometieron a crítica la propuesta de Schulten, resultando una serie de postulados que se convirtieron con el tiempo en la base del estudio del colapso de Tartessos. Por una parte, Blanco Freijeiro sostenía que el ocaso de Tartessos se produjo porque las colonias fenicias simplemente se hicieron dueñas de la situación y de los mercados (del Castillo, 1988: 71). Por otra parte, Blázquez defendía el estrangulamiento del comercio tartésico, como consecuencia del dominio marítimo de Cartago, como la causa de su declive (del Castillo, 1988: 73 y 74). El descenso en el volumen de la actividad comercial habría provocado la caída de la prosperidad económica, ocasionando la desaparición de las bases de poder de las elites tartésicas y el consiguiente desmembramiento de su estructura sociopolítica en una serie de grupos tribales, antecedente de los pueblos prerromanos del mediodía peninsular, de los que los turdetanos resultan ser los herederos de la tradición tartésica.

A diferencia de los anteriores, Martín Almagro Gorbea abordó el final de Tartessos desde la perspectiva de un cambio ideológico-económico, acontecido en el seno de las capas dirigentes tartésicas, que habría dado lugar a la configuración del mundo ibérico por la confluencia de una serie de hechos (Almagro, 1996: 32-40). Almagro considera la cultura orientalizante tartésica y la cultura Ibérica como distintas partes de un proceso unitario. Su evolución ideológica arrancarían de la cristalización de un sistema monárquico tipo sacro orientalizante, tartésico, basado en el control de los intercambios coloniales y de la explotación minera, que a partir del siglo V a.C., por efecto de la llegada de una serie de estímulos indoeuropeos y griegos, se fue transformando en monarquías heroicas agrarias (Almagro, 1996: 82), sustituidas a lo largo del siglos IV a.C. por un sistema de aristocracias guerreras. Almagro sostiene que estas aristocracias evolucionaron hasta un parcial renacimiento del sistema monárquico durante la dominación bárquida, antes de desaparecer durante el proceso romanizador, cuya eficacia se debió a la transformación progresiva de las viejas aristocracias guerreras gentilizadas en oligarquías urbanas asimilables a una clase ecuestre mediterránea. Almagro establece, junto a la hipótesis de cambio ideológico, la reconfiguración de las condiciones económicas del *hinterland* tartésico, en relación con los acontecimientos del proceso colonizador greco-fenicio acaecidos en distintos puntos del Mediterráneo, como causa directa del declive tartésico (Almagro, 1996: 47-87). A ello habría contribuido la introducción de nuevos productos y el desplazamiento de los núcleos tartésicos hacia la Alta Andalucía. Las crisis coloniales debieron repercutir de forma directa e indirecta, con la consiguiente ruptura de mercados y de relaciones comerciales, que en buena parte soportaban económicamente la sociedad orientalizante y el prestigio social sobre el que se legitimaban sus grupos dirigentes. Tartessos, por tanto, se habría transformado, más que desaparecido, como consecuencia de una profunda crisis social, política, económica e ideológica, ya que estaba vinculado, en profunda simbiosis, al mundo colonial por los intereses económicos de sus grupos dirigentes y por su propia estructura sociocultural, surgiendo el mundo turdetano, iberización de Tartessos.

En sintonía con las hipótesis de Almagro, la transformación del mundo tartésico en el mundo ibérico-turdetano estaría atestiguada por los resultados obtenidos del análisis y del estudio de los restos arqueológicos conservados de este proceso histórico (Ruiz y Molinos, 1992). En Andalucía Occidental la continuidad del componente local, en las formas, y la adquisición de nuevos elementos decorativos y formales configuraron los grupos básicos de cultura material ibérica-turdetana (Ruiz y Molinos, 1992:25-63).

Ruiz y Molinos confirman, en cierto modo, el desplazamiento de los núcleos tartésicos desde la Baja Andalucía hacia la Alta Andalucía, y el origen de una fase de conflictividad social vinculada a un proceso de explotación agropastoril provocado por el incremento de los grupos dirigentes, que se desvincularían de Tartessos al entrar en contradicción con el centro político, por un proceso creciente de isonomía y sustitución de los príncipes orientalizantes (Ruiz y Molinos, 1992: 244). El efecto de una política expansionista tartésica se hace evidente a finales del siglo VII a.C., cuando se define arqueológicamente una política colonizadora. Este modelo habría entrado en crisis en el siglo VI a.C. coincidiendo con la recesión política tartésica. El proceso se debería a un cambio profundo en el concepto de la propiedad, que habría dejado de pasar por el tamiz de la comunidad (Ruiz y Molinos, 1992: 262-266).

Son diversos los autores que postulan la desaparición del horizonte "orientalizante", y la consiguiente reestructuración política, social y económica, como la principal causa del deterioro progresivo de Tartessos (Wagner, 1991: 1-37). Tartessos, según otros autores, habría sucumbido víctima de una compleja crisis que afectó, sobre todo, a las elites sociales, y que fue provocada en gran medida por la excesiva dependencia tecnológica y económica, del sector minero-metalúrgico, de la presencia colonial fenicia (Wagner, 1983). El abandono o el descenso del trabajo en las minas, consecuencia del agotamiento de los filones más superficiales, de acuerdo con la tecnología empleada, sería uno de los factores desencadenantes de la crisis del "orientalizante". Pero no fue el único. La deforestación, al elevar los costes para la obtención de la madera necesaria para los trabajos de extracción minera o de manufactura artesanal, tuvo también su incidencia. Una deficiente inversión para mantener los costes sociopolíticos de la incipiente estratificación, junto a una paleotecnología agraria, habrían tenido muy probablemente también que ver con todo ello. A partir de este momento, la economía descansaría en la potenciación de la explotación de los recursos agropecuarios y en su posterior industrialización con vistas a la comercialización. Si hasta ese momento Gadir habría canalizado el tráfico comercial de metales, a partir de esos momentos los productos estrella serán las salazones de pescado y otros derivados agrícolas (trigo, aceite y vino). El cambio acontecido en las estrategias económicas habría configurado una nueva articulación del territorio en función del control exhaustivo del mismo.

Por último, distintos autores han propuesto una disfunción social en el seno del sistema vigente de las comunidades tartésicas como causa de su declive. El modo de producción propio de las comunidades autóctonas, al entrar en contacto con el modo de producción de los colonos orientales, habría quedado dominado por él y sometido a un proceso de transformación bajo la presión de la explotación que encubriría el intercambio desigual (Plácido, Alvar y Wagner, 1996). El modo de producción dominante habría preservado el local para integrarlo, como modo de organización social que producía valor en beneficio del colonialismo, y al mismo tiempo lo habría destruido al ir privándolo, mediante la explotación, de los medios que aseguraban su reproducción.

En conclusión, el colapso de Tartessos ha sido explicado de una manera insatisfactoria y sin buenos argumentos y apoyos arqueológicos. Muchas son las especulaciones y pocas las pruebas. Sería necesario una exhaustiva revisión de las propuestas teóricas sobre el colapso tartésico con el objetivo de poder analizar los puntos débiles de estas formulaciones y construir nuevas hipótesis en pro de la explicación de los hechos históricos.

En este trabajo se intenta dar un primer y humilde paso, conciliador con el pasado y el presente, desde el continuo aprendizaje académico, para comenzar a edificar nuevas

estructuras con los datos que los estudios arqueológicos recientes proporcionan, vislumbrar un nuevo horizonte de estudio.

TEORIZANDO. BÚSQUEDA DE UN MODELO TEÓRICO VÁLIDO: “LEY DE LOS RENDIMIENTOS DECRECIENTES”

Una definición que Joseph Tainter, autor en el que basamos gran parte de nuestro análisis, da para el mismo es “Proceso político con consecuencias en la economía, el arte y la literatura, pero sobre todo en la esfera sociopolítica. Una sociedad ha colapsado cuando muestra una rápida y significativa pérdida de nivel adquirido y complejidad sociopolítica” (Tainter, 1988: 4)

Este autor señala la importancia de hablar de un nivel adquirido para poder hablar de colapso, pues la complejidad de una sociedad debe ser algo relativamente antiguo (más de una o dos generaciones) para que podamos considerar real la pérdida de complejidad caracterizadora del colapso (ejemplos como el Imperio Carolingio, productos de una generación, no lo serían de colapso).

También sería importante enumerar los rasgos con los que suele manifestarse el colapso:

- Nivel más bajo de estratificación y diferenciación social.
- Especialización económica y ocupacional de individuos, grupos y territorios.
- Disminución del control centralizado o menor regulación e integración de los diversos grupos políticos y económicos por las élites.
- Menor control en el comportamiento y régimen de la gente.
- Menor inversión en la complejidad (monumentos, arte, literatura, etc...)
- Menor circulación de información entre individuos, entre grupos políticos y económicos y entre un centro y su periferia.
- Disminución del reparto, intercambio y redistribución de recursos.
- Menor coordinación global y organizativa de individuos y grupos.
- Un territorio más pequeño integrado en una misma unidad política.

Tainter se apresura a decir que no todas las sociedades que colapsan reúnen estos rasgos. También que el colapso no es un punto de no retorno, un todo o nada, porque las sociedades varían en complejidad en una escala continua.

Así pues, el colapso debe considerarse relativo a la talla de la sociedad en la cual ocurre -por ejemplo, una sociedad sedentaria colapsaría haciéndose cazadores-recolectores o abandonando sus poblados, si los tuviera-. El colapso de sociedades simples ha de ser entendido en estos principios.

El colapso, considerado como antítesis del desarrollo de la complejidad política, ha interesado desde hace mucho en los estudios académicos. Pero para historiadores y científicos sociales sus causas y el fenómeno como tal ha sido algo difícil de entender, para muchos poco menos que un misterio. Quizá por ello, el primer tema (la complejidad política y su desarrollo en una sociedad) ha atraído más la atención de los expertos.

La historia humana parece caracterizarse, de hecho, por caminar hacia niveles más altos de complejidad, especialización y control sociopolítico. Pero esto no es sólo sino una excepción que abarca una pequeñísima fracción de la historia humana total.

En este camino a la complejización se han necesitado cada vez mayores cantidades de energía e información. Estas necesidades no son inocuas, sino que siempre traen consecuencias.

Pero, volviendo al colapso, las explicaciones que muchos estudiosos han dado para explicar este proceso en las sociedades tienden a ser *ad hoc* y aplicables sólo a unas cuantas de ellas -precisamente sobre las que esos mismos estudiosos realizan su trabajo y, por lo tanto, conocen mejor-. De esta manera no se han conseguido explicaciones generales susceptibles de ser aplicadas a otras sociedades, permitiendo así entender el fenómeno como algo general y como un fenómeno social en sí mismo.

En todo caso, colapso es un término amplio –por no decir que, a veces, vago- y puede cubrir muchos tipos de procesos. Significa cosas diferentes para diferentes personas e investigadores. Algunas piensan que sólo es aplicable a sociedades con altos niveles de desarrollo, otras lo ven como desintegración económica, y otros cuestionan su utilidad real en la investigación histórica, pues hay fenómenos sociales, como las tradiciones literarias o artísticas, que suelen sobrevivir a la descentralización que el colapso provoca.

En la Historia se han producido cientos o miles de colapsos (el otro reverso de la moneda). El problema es que, incluso en sociedades muy centralizadas, se ha dado frecuentemente el caso de no existir un suficiente nivel de complejidad para producir registros escritos. Arqueológicamente, debemos hacernos a la idea de que sólo una pequeña parte de los colapsos en la historia son conocidos en la actualidad, ¿cómo podemos averiguar la razón del mismo entonces?.

En el Mediterráneo se han dado históricamente no pocos casos de colapso. Quizá la civilización minoica sea arqueológicamente lo más espectacular y lo que venga primero a la mente de un arqueólogo. Pero no hay que olvidar que también los centros micénicos sufrieron un proceso que los llevó a su colapso. Tampoco que el caso más famoso, y más conocido por el gran público, generador de muchas dudas y dilemas en la Historia, es el caso del Imperio Romano de Occidente: un estado mediterráneo. Seguramente este caso sea el primero que viene a la mente cuando se piensa en la caída de los imperios y mencionamos la palabra *decadencia* aplicada a un estado.

Por último, en un plano aún más popular, el mito de la Atlántida ha ejercido una fascinación desde antiguo y ha quedado como imagen típica del colapso en una sociedad utópica, en la cima de su desarrollo, y por ello castigada por los dioses. Si bien lo más seguro es que Platón hablase de ella como metáfora, el mito ejemplifica bien el miedo ancestral de muchos sectores sociales hacia el progreso. Podemos concluir (aunque este tema daría para mucho más) diciendo que el colapso –o, por lo menos, el miedo al mismo- como fenómeno social es muy real.

Ahora bien, ¿debemos estudiar también los colapsos de imperios modernos (como el español, el francés o el británico) situándolos en el mismo plano que los de los imperios antiguos como el hitita, el sumerio o el maya?. Lo cierto es que, a pesar de que los primeros comparten rasgos con los segundos –como son una retirada de la ocupación y retroceso del control real en unos territorios antes controlados por una organización centralizada- hay, sin duda, diferencias importantes. La principal es que la pérdida del imperio no correspondió con la caída de la administración central -aunque esto también pasó en imperios anteriores, como el babilónico antiguo- (Tainter, 1988: 18).

En suma, son susceptibles de análisis, pero este deber ser diferente al de los Estados Antiguos, y no nos ocuparemos del mismo en el trabajo.

También conviene hablar de lo que se podrían llamar los rasgos que las sociedades muestran tras el colapso. La visión popular -sobre todo puesta en la sociedad industrial y alimentada por diversas obras de escritores- suele ser una sociedad hobbesiana donde sólo los fuertes sobrevivirían, se cometerían robos y asesinatos al no haber ningún control central y bandas de carroñeros y saqueadores pulularían entre los restos de la civilización forrajeando y dedicándose al pillaje. (ibid. 1988: 19)

A pesar de la contribución de la literatura y el cine de desastres en esta visión, lo cierto es que tiene mucho de cierto. Se han intentado definir algunos rasgos que podrían indicar una situación pos-colapso (Renfrew, 1979; cit. en Tainter, 1988: 19.) que procedemos a reproducir:

-Interrupción de la autoridad y el control central, las revueltas provinciales se suceden debilitando al centro.

-El malestar y la disconformidad del pueblo se dirigen a las jerarquías, éstas tienden a movilizar recursos para hacer frente a la situación.

-Progresivo abandono de los centros de poder. Pequeños estados surgen en su lugar.

-El descontrol legal permanece por un tiempo pero se vuelve a restaurar.

-Las construcciones monumentales, el arte y la propaganda estatal cesan, así como la literatura.

-Hay pocas construcciones nuevas y las antiguas se readaptan: por ejemplo dividiendo grandes habitaciones, construyendo fachadas nuevas y reconvirtiendo espacios públicos en privados.

-Los monumentos son a menudo reaprovechados como fuente fácil de material.

-Se abandona la redistribución de bienes y las prácticas mercantiles. Se pasa a la autosuficiencia para abastecer las necesidades.

-Esta situación favorece la creación de estilos locales (por ejemplo en cerámica).

-La tecnología (sobre todo la comunal) vuelve a ser más simple.

-Como causa, o consecuencia, se suele dar una rápida reducción del tamaño y densidad poblacional. Muchos asentamientos se abandonan.

Joseph Tainter afirma que la mayoría de los escritores históricos (debido a estos rasgos negativos) han tenido una visión sesgada de aprobación y favor a las civilizaciones y las sociedades complejas frente a las más simples y descentralizadas (Tainter, 1988: 19-22). Se ha visto la sofisticación y la complejidad en las sociedades humanas como algo positivo y deseable. La civilización, así pues, sería el último estadio de logro y evolución, preferible a formas más simples de organización. El mundo industrial sería su culminación.

Con este énfasis en una civilización que es deseable es normal que el colapso se haya visto en los estudios históricos como una catástrofe (muchas veces inesperada) y menos como una necesidad. La desaparición de un auténtico paraíso perdido que ofrecería el resguardo de los servicios y la protección de la administración. Esta idea no es sólo propia del público, sino también de muchos estudiosos y sería interesante ver hasta que punto es un intento (inconsciente o no) de justificación del modo de vida y la sociedad moderna estatal.

La arqueología también ha participado de ello, pues se ha tendido a investigar los restos más ricos, atractivos y fáciles de encontrar. Éstos proveen, por lo tanto, de una mayor cantidad de datos, más vistosos y de mayor facilidad de estudio para la labor arqueológica (las épocas oscuras suelen ser poco atractivas, por mucho que duren).

También los historiadores y clasicistas están condicionados contra estas épocas debido a la escasez de datos escritos que suelen proporcionar (ejemplo es la Alta Edad Media). Por eso es la arqueología la que mejor nos puede ayudar a comprender este proceso en la mayoría de las sociedades.

RASGOS QUE DEFINEN UNA SOCIEDAD COMPLEJA

Para estudiar las razones del colapso en las sociedades complejas primero debemos tener una definición clara de sociedades complejas. Al menos, saber en lo que difieren de las simples.

La complejidad suele relacionarse con el tamaño de una sociedad. La diferenciación de tareas, funciones de la misma y el desarrollo de papeles especializados que muestra. Aumentando las dimensiones de las anteriores también aumentaría la complejidad en una sociedad ideal. Esto se ve en las sociedades de cazadores-recolectores, que no suelen presentar más de unas docenas de papeles sociales especializados. Empero, en la Europa moderna, van de los 10.000 a los 20.000 y la sociedad industrial muestra más de 1.000.000.

No obstante, las sociedades complejas actuales deben verse como una excepción en la historia. El 99.8 por ciento de la historia humana ha sido dominada por pequeñas comunidades autónomas que actuaban de forma independiente y eran autosuficientes. Sólo hace 6000 años que surgen los estados jerárquicos, organizados e independientes.

Para entender este cambio de organización, primero debemos entender dos conceptos clásicos: la desigualdad y la heterogeneidad. La primera es resultado de una diferenciación vertical surgida del acceso desigual a los recursos materiales y sociales. Heterogeneidad, por su parte, hace referencia al número de partes distintivas o componentes de una sociedad y el modo en el cual la población se distribuye según estas partes (Blau, 1977; McGuire, 1983; cit. en Tainter, 1988: 23). Una población dividida equitativamente entre las ocupaciones y los papeles es una sociedad que está homogéneamente distribuida, lo contrario trae un incremento de la heterogeneidad y la complejidad (Tainter, 1988: 23) No obstante, es preciso tener en cuenta que, a pesar de existir una relación entre desigualdad y heterogeneidad, responden a diferentes procesos y no siempre se dan parejas en la evolución sociopolítica.

La antropología ha tomado diversos enfoques para ver como se manifiesta esta complejidad en las sociedades. La influencia decimonónica ha sido importante hasta hace poco y por eso los antropólogos emprendieron clasificaciones de las sociedades, primero tecnológica y luego más genéricamente, atendiendo a sus formas económicas. El enfoque más rígido sería el llamado tipológico-evolutivo, centrado en la complejidad y tamaño de las sociedades. El descrito por Jared Diamond y que pasamos a explicar ahora es un buen ejemplo. (Diamond, 2004)

Según este autor, las sociedades más simples son comparativamente las más pequeñas. Se puede englobar aquí las bandas -poco más de unas decenas de individuos- y las tribus -de unos pocos centenares a lo sumo-. Ésto posibilita algo importante: un conocimiento grande y recíproco de todos los individuos que las integran.

En ambas suele darse un liderazgo muy débil. Este es personal o carismático pero su existencia es sólo para objetivos definidos. El cabecilla de la comunidad es elegido por sus habilidades reconocidas en situaciones concretas, pero realmente su poder de coerción es muy limitado o incluso inexistente; su control jerárquico no está institucionalizado.

No tiene pues prerrogativas especiales -como llevar ciertos atributos o adornos o disfrutar de privilegios o derechos diferentes- y su cargo no es hereditario.

Ahora bien, el rango de variación en estas comunidades es grande y este cambio se definiría mejor como un *continuum* que se aproximaría en gran parte de los casos a las sociedades jerárquicas. Sahlins hace notar esto apreciando ciertos rasgos en estas sociedades. Estos apuntan a la complejidad de las jefaturas como la importancia que se da a la oratoria para ser un "Big Man": un "Gran Hombre" (Sahlins, 1963; cit. en Johnson 2003)

La igualdad en estas sociedades está en directa relación con su modo de vida. Las bandas suelen ser sociedades nómadas, con poca ligazón a la tierra que habitan y compuestas de cazadores-recolectores. Así, sus propiedades personales y su cultura material son escasas. Para mantener este modo de vida es necesario compartir los recursos obtenidos entre todo el grupo (ayuda a ello que todos estén emparentados y se conozcan). A pesar de todo, es común que estas comunidades se disuelvan y se vuelvan a unir en cortos plazos de tiempo, precisamente para hacer frente a esta situación inestable. Son las llamadas economías no productoras, identificadas con las bandas y las hordas. En ellas, aunque los conflictos personales y las muertes son comunes no suele haber guerras con otras bandas en defensa de un territorio, pues no se siente ninguno como propio, por lo que sería absurdo (Diamond, 2004).

Según Service (Service, 1963; cit. en Johnson: 2003) y otros, el camino para que se desarrolle las jerarquías es que exista un excedente de beneficios que permita acumular riqueza. Esto inevitablemente, con la tecnología primitiva, debe terminar en formas de explotación sedentarias como la agricultura, conducentes al aumento poblacional y los

asentamientos en aldeas. Con el tiempo surgirían nuevas necesidades -como la de almacenar y redistribuir este excedente- para ello se necesita a alguien que lo coordine.

Más adelante, y en pago de sus servicios o como legitimación de los mismos ante la divinidad, puede exigir una recompensa en forma de tributo. Estaríamos ante el surgimiento de las tribus y los "grandes hombres", para desembocar más tarde, según Diamond, en los cacicazgos y jefaturas. (Diamond, 2004)

Este aumento poblacional y el sedentarismo hace que las comunidades no sean autosuficientes y necesiten de relaciones de intercambio entre grupos. Estas relaciones podrían ser "estimuladas" por ciertos individuos con cierta autoridad (los "hombres grandes") que ejercen así funciones organizadoras de la producción. Para mantener las relaciones, muchas veces "estimularían" también la producción de bienes. Esto provocaría la especialización de funciones y el surgimiento de artesanos o agricultores a tiempo completo. Sahlins, definidor del término, señala también que para los "grandes hombres" la redistribución y la generosidad sería aún algo necesario y obligatorio si quieren mantener la lealtad de sus seguidores. Si así no lo hiciesen, serían rápidamente depuestos y su puesto ocupado por otro aspirante en ascenso (Sahlins, 1963; cit en Johnson, 2003). El modelo, por otro lado, lleva en sí mismo una limitación. En su intento de extender las redes de influencia, sucedería que, con los recursos limitados a la comunidad originaria, se pierde el impulso inicial al abarcar demasiados clientes. La única posibilidad sería la anexión de nuevas tierras y comunidades (nuevas clientelas) y no limitarse a una aldea o comunidad en exclusiva. (Sahlins, 1963; cit. en Tainter, 1988: 25)

Las jefaturas, a diferencia de lo anterior, son ya hereditarias. Su principal diferencia es que el poder no descansa en un solo individuo, sino en una colectividad que se organiza jerárquicamente en la sociedad. Aquí el nivel de centralización de recursos sería mayor, pues mayor es la necesidad de redistribución del excedente -estas sociedades suelen ser ya más grandes en tamaño y pueden englobar más de una aldea-. La autoridad en ellas suele ser legitimada por un sistema de creencias y una ideología religiosa que ligaría a un linaje y a la comunidad con la divinidad y la tierra que habitan, por eso las guerras entre comunidades suelen ser más frecuentes. (Diamond, 2004)

También más frecuentes son los contactos y los intercambios entre comunidades interdependientes y por ello la especialización es mayor y los bienes intercambiados más elaborados, incluso muchos de ellos (sobre todo los exóticos o raros) pueden cumplir una función legitimadora de una élite mediante su posesión.

Pero, a pesar de ser la jerarquía en ellas normalmente hereditaria, como se constituyen de muchos más individuos, el conocimiento recíproco de todos ellos se hace imposible y es necesario un órgano administrador que medie en posibles conflictos (quizá apoyado ya en un aparato coercitivo) y que organice los trabajos comunales en beneficio de la comunidad (como los monumentos, las construcciones agrícolas, etc.). En estos se invierte parte de ese excedente y, para organizarlo, se recurre no ya tanto al parentesco como a las habilidades y talentos personales de especialistas que crean nuevas clases no basadas en el parentesco sino en la función económica. En suma, la sociedad se hace más impersonal y menos familiar. Más identificada en un grupo con determinadas creencias que ocupa un territorio propio (ibid.).

Esto se ve más claramente en la clasificación hecha por Service en Grupos de nivel familiar -familia-campamento y familia-aldea-; Grupos locales -acéfalos y de modelo "gran hombre"-; y Entidades Políticas Regionales -cacicazgos y estados- (Service, 1962; cit. en Johnson, 2003).

Nadie puede negar los problemas de las clasificaciones anteriores el más destacable es su rigidez y énfasis en la evolución de la sociedad. En no pocas ocasiones es muy difícil diferenciar las fronteras entre jefaturas y estados primitivos. El enfoque primitivo de las sociedades, así pues, liga el incremento en complejidad a pasar de unos niveles a otros - jefaturas vienen de tribus, que a su vez lo hacen de bandas-. Sin embargo, para los autores evolucionistas el Estado sería la fase final. Estos por su parte, presentarían ciertos rasgos:

-Sus miembros pertenecen a ellos no por nacer dentro de una familia determinada sino por hacerlo o residir en el territorio que el estado considera como suyo.

-Una autoridad gobernante monopoliza la soberanía y delega parcelas de su poder en miembros de estratos inferiores.

-Las clases gobernantes tienden a ser profesionales, menos dependientes, por lo tanto, de las relaciones de parentesco para permitir un acceso a las mismas.

-A diferencia de otras sociedades, los estados invierten mucho en mantener su integridad territorial. La disolución de un Estado es vista como algo irreversible y catastrófico por sus componentes.

-Como consecuencia de la amplitud del territorio controlado, este puede constituirse de más de una etnia diferenciada y más de un idioma (a diferencia de las jefaturas). La única condición es que halla una centralización (en menor o mayor grado) y una administración central a la que los diferentes componentes del estado estén ligados.

-Los estados se orientan a un centro que es la fuente simbólica del conjunto de la sociedad. Allí no sólo suelen localizarse las instituciones políticas, sino que, fruto de su carácter místico o sagrado también las de la religión oficial.

-Así pues, para legitimar el liderazgo de una clase y un centro en las sociedades antiguas, estos suelen estar ligados a lo sobrenatural. Al papel social de líder de un Estado se asocia un aura de neutralidad sagrada que lo desliga de lo mundano y lo vincula a una misión y cometidos superiores.

¿Existe alguna visión alternativa a este enfoque tipológico, que presenta al Estado como culmen? Sí, se han propuesto varias. Una de ellas propone que las sociedades incrementarían su complejidad en una escala continua por lo que estos niveles son ficticios y una creación puramente antropológica.

De hecho se ha señalado que varios antropólogos sitúan la "gran división de la historia" (Ej: Service, 1975; cit. en Tainter, 1987: 29) entre los estados y los otros tipos de sociedades y, de esta manera se contribuye a mantener la idea de nosotros como "privilegiados" y más evolucionados.

Se ha intentado matizar esta visión diciendo que muchos de los rasgos atribuidos al Estado ya se encuentran más o menos esbozados en sociedades más simples (por ejemplo, el poder en todas las sociedades necesita de alguna forma de legitimidad). Por eso Classen y Skalnik distinguieron varios tipos de estados antiguos (Claesen y Skalnik, 1978; cit. en Tainter, 1987: 29), estos son:

-El Estado Antiguo Incipiente: Parentesco, familia y comunidad dominan todavía las relaciones políticas. La especialización es limitada y hay reciprocidad y contactos directos entre gobernantes y gobernados.

-El Estado Antiguo Típico: El parentesco se va sustituyendo por la competitividad y la localidad. Los papeles administrativos se atribuyen ya a no parientes y la redistribución y la reciprocidad se dan ahora entre estratos sociales.

-El Estado Antiguo Transicional: El parentesco es ya marginal en el gobierno. Domina una economía de mercado y en los medios de producción emerge la propiedad privada basada en el antagonismo de clases sociales.

No obstante, no parece que haya una diferencia tan abrupta entre estados y no estados: es un fenómeno de cambio continuo y no repentino. Para esto se han formulado teorías que postulan diversas necesidades y problemas que aparecerían ligados a circunstancias como:

-Administración: Surgirían jerarquías administradoras en el incremento de la población que dirigen los trabajos y las necesidades para mantener o incrementar el sistema productivo.

-Conflicto interno: El Estado surge para proteger el privilegio de unos cuantos en su acceso preferencial a los recursos.

-Conflicto externo: Las tensiones llevan al conflicto. En este se pueden ocupar nuevos territorios que es necesario administrar. Además, esto da a las élites nuevas clientelas y recursos, única forma de permitir -como vimos a propósito de los "big men"- su expansión.

-Sintéticas: Muchos procesos diferentes generarían la complejidad y las instituciones estatales.

En la necesidad de articular los diferentes procesos se puede decir que han surgido dos escuelas principales de pensamiento para explicar el origen de los estados: las basadas en el conflicto y las basadas en la integración (Tainter, 33-37: 1987).

Las **conflictivistas** postulan que el Estado surgió de las necesidades y deseos de los individuos y los subgrupos de una sociedad. Se basa en intereses diferentes, en la dominación y explotación mantenidas por mecanismos coercitivos (no siempre militares, también ideológicos y religiosos) para resolver posibles conflictos sociales que surjan de la estratificación y mantener la posición privilegiada de una clase dominante (la definición más extrema de esta escuela ha sido denominar a los estados como cleptocracias, pues esta implica que las élites "roban" directamente y se aprovechan de las clases inferiores).

El mencionado excedente es formulado como una condición necesaria del surgimiento estatal. Muchos autores como Lee han señalado que sociedades en apariencia simples como las de cazadores-recolectores tienen capacidad para esto y no lo desarrollan. Así evitan que surjan tensiones a partir del orgullo y del engrandecimiento de algunos individuos. Por lo tanto, la constante psicológica basada en la envidia que postulan estas teorías que originaría las cleptocracias parece no ser así universal.

Otras teorías son las **integracionistas**. Estas defienden que el Estado y sus rasgos no surgen de la ambición de individuos o subgrupos, sino de las necesidades de una sociedad para responder a las tensiones y retos que las poblaciones humanas encuentran en su desarrollo (tales como las ambientales, el aumento de información para manejar, la organización de los trabajos públicos y el manejo de recursos, integrar economías especializadas, importar manufacturas y sus combinaciones).

Así pues, el beneficio común, el consenso, el reparto y las sociedades como sistemas integrados estarían detrás de esta visión integradora, que vería el surgimiento del Estado como respuesta y no como problema derivado de las tensiones sociales.

Su principal problema es que los estados siempre han mostrado aparatos de coacción, incluso en tiempos donde las tensiones sociales parecen escasear. Por lo tanto, el desarrollo de la mayoría de los estados dista de caminar por un sendero que conduzca a la estabilidad.

Si hubiera que poner de relieve algo que ambas escuelas resaltan es, de nuevo, la necesidad que tiene el poder de buscar legitimidad para mantener una jerarquía establecida.

FACTORES TEÓRICOS DEL COLAPSO

Ha habido varias aproximaciones para explicar el colapso, todas han sido aplicadas para explicar el colapso de ciertas sociedades. De nuevo Tainter las clasifica en:

1. **Caída de recursos:** Las sociedades complejas tienen que afrontar periódicamente una inseguridad en el aprovisionamiento de recursos. Pueden salir airoas, pero si así no ha sido el caso, se ha tomado esta razón como paradigma de su colapso en lugar de ver las causas reales que hay detrás de esa disminución y caída de recursos.
2. **Nuevas fuentes de recursos:** Sobre todo es una hipótesis que atrae a las teorías de integración pero no a las del conflicto. No es útil para sociedades que no sean muy complejas y con buenas redes de aprovisionamiento. Mas conviene recordar que el colapso es un proceso conflictivo y no un mero y suave cambio de dirección sociopolítica.
3. **Catástrofes:** Las sociedades complejas afrontan catástrofes regularmente, y suelen superarlas. Si no pueden superarlas son las características de esa sociedad que han hecho que esto suceda así (y no la catástrofe en sí) lo que debe de ser objeto de interés en el estudio de su colapso.
4. **Respuesta insuficiente a las circunstancias:** Se ha supuesto una fragilidad de las sociedades complejas inherente en su naturaleza. También estas son estáticas o incapaces de cambiar su dirección, por lo que, ante un problema, sería difícil que desarrollarán una respuesta apropiada. Empero, el colapso también se da en sociedades de menor nivel socio-económico que los estados.
5. **Competencia con otras sociedades complejas:** Dos estados que se enfrentan acaban por debilitarse y colapsar. Sin embargo, el conflicto entre estados lleva más a menudo a ciclos de

expansión y contracción que al colapso propiamente dicho. Además, hay sociedades que colapsaron sin tener la competencia de otros estados, el Imperio Romano Occidental es un ejemplo claro.

6. **Intrusos:** La caída de un estado dominante a manos de uno más débil no es una explicación en sí misma, sino algo que debe explicarse. Por otro lado, arqueológicamente los intrusos son difíciles de detectar y es muy difícil explicar porque los invasores destruirían una civilización más avanzada tras invadirla.
7. **Conflicto/contradicciones/mala administración:** La capacidad de controlar el trabajo y distribuir recursos es intrínseca y necesaria en las sociedades complejas. Si esta falla, esto podría explicar que surgiesen problemas. El problema es que suele fallar muy a menudo y no siempre esto acaba en revueltas populares o en colapso.
8. **Disfunciones sociales:** Estas explicaciones no ofrecen focos de tensión ni mecanismos que puedan ser analizados de forma objetiva. Explican el colapso por procesos internos cuya naturaleza no se puede explicar.
9. **Místicas:** Se relacionan con analogías biológicas y juicios de valor de gran carga subjetiva, como vigor o senectud, aplicados a las sociedades, por lo que no permiten ni siquiera un mero atisbo de estudio científico.
10. **Concatenación fortuita de acontecimientos:** No proporciona bases para la generalización, pues el colapso se relaciona a factores aleatorios que aparecen en la sociedad que se estudia.
11. **Explicaciones económicas:** Según Tainter son estructuralmente superiores a las otras anteriores (al menos a las últimas). Identifican rasgos de las sociedades que las relacionan con el colapso e indican relaciones entre mecanismos de control y rendimiento. No son universalmente aceptadas en las ciencias sociales e históricas pero ponen remedio a las deficiencias lógicas de otras aproximaciones. Problema de estas últimas es que, a menudo, adolecen de falta de aplicaciones sociales y políticas. No obstante, su mayor inconveniente es el fallo al desarrollar una explicación que sea globalmente aplicable.

De estas últimas nos ha parecido la más interesante y de mejor argumentación la **Teoría de los Rendimientos Decrecientes**, por eso es la que pasamos a explicar ahora con más detenimiento.

Todas las sociedades humanas se mantienen por un continuo *flujo de energía*. Las instituciones sociopolíticas condicionan e integran los mecanismos por los que los grupos adquieren y distribuyen los recursos básicos. Las sociedades más complejas son también las más costosas de mantener, pues más redes se crean entre los individuos y, para controlarlas, se necesita un mayor desarrollo de los lazos jerárquicos.

La inversión continua en esta complejidad sociopolítica en muchas esferas alcanzará un punto donde los beneficios para esa inversión desmesurada comiencen a decrecer, al principio poco a poco y después con más celeridad. Llegará un punto en que grandes inversiones de energía proporcionen mínimos beneficios. Se inspira, pues, en la "ley de los beneficios, o rendimientos, decrecientes" definida por autores como Esther Boserup. Entendemos que, como teoría, podemos aceptar y resumir de ella, para nuestro propósito, cuatro rasgos señalados por Tainter (Tainter, 93: 1987):

1. Las sociedades humanas son organizaciones que resuelven problemas y necesidades, pero a la vez crean otros nuevos.
2. Los sistemas sociopolíticos necesitan energía para su mantenimiento.
3. La complejidad se incrementa aparejada al incremento de los costes *per capita*.
4. La inversión en complejidad sociopolítica, como respuesta y solución a la vez que problema, a menudo alcanza un punto de beneficios marginales decrecientes.

Pensamos que, tomar los cuatro puntos anteriores como indicaciones (y no como leyes categóricas) puede ayudar en la formulación de hipótesis factibles en la investigación arqueológica del desarrollo y el colapso de las sociedades.

También debemos tener en cuenta que en los puntos anteriores se inspira la **Ley del Potencial del Desarrollo** de Service que señala que un estado más poderoso puede no prevalecer ante uno más débil si el segundo muestra su curva de beneficios marginales en

ascenso y el primero en caída. Si aceptamos esta afirmación con cautela, lo cierto es que podemos señalar que las sociedades estatales *tienden* a buscar su unidad territorial y para eso necesitan invertir una energía enorme, que pueden ahorrarse sociedades menos complejas.

El principio de disminución de beneficios marginales parece capaz incluso de incorporar y unificar varias aproximaciones que se han hecho al colapso (o, al menos, las partes más importantes de las mismas). Así pues, pensamos que serviría de conexión a las unidades anteriormente citadas y a un gran número de teorías sociales que podrían ser aclaradas y subsumidas en este principio. La pregunta que surge es: ¿hasta qué punto se adecua lo anterior a la realidad?

Trataremos de ver esto en el siguiente apartado, donde nos ocuparemos de analizar los procesos de complejización social y posible colapso en Tartessos, sobre todo nos centraremos en el área entendida como tradicionalmente periférica del foco tartésico. Es decir, especialmente las comarcas del sur de Extremadura, Alentejo y sur de la fachada atlántica portuguesa y el norte del Guadiana. Las fechas con las que trataremos engloban desde los comienzos del Bronce Final hasta los inicios del Hierro en la región. No pretende ser el nuestro un análisis pormenorizado, sino un intento de aplicación, pensamos que legítimo, de la teoría que hemos venido exponiendo y que nosotros entendemos como no excluyente de otras hipótesis, sino al contrario: su gran virtud estriba en la función conectora que ejerce para las mismas.

HIPOTETIZANDO: QUIMERA Y REALIDAD, FRENTE A FRENTE.

Para determinar el proceso de disolución del horizonte cultural tartésico es necesario, previamente, entender su configuración a partir de la incidencia de una serie de elementos materiales e ideológicos, de procedencia oriental, sobre el sustrato indígena del suroeste de la Península Ibérica. Llegar hasta este punto no ha sido fácil para la comunidad investigadora ya que junto a la parquedad del registro arqueológico, perteneciente al Bronce Final, se une la escasez de trabajos realizados desde una perspectiva integradora de todo el territorio a analizar. A la inexistencia de un registro funerario tradicional se une un gran desconocimiento de las formas de vida y de las actividades económicas de la población. En cuanto a los datos de poblamiento, los datos que poseemos hasta el siglo X a.C. son fragmentarios, poco concluyentes o inexistentes. Estos obstáculos están siendo salvados en los últimos años, lentamente, gracias al empleo y desarrollo de una nueva metodología arqueológica en el territorio periférico del mundo tartésico, su hinterland.

- **CONFIGURACIÓN DEL HORIZONTE CULTURAL TARTÉSICO: LAS ESTELAS DEL SUROESTE.**

La reconstrucción del proceso de gestación de Tartessos ha sido abordada mediante el estudio de una serie de elementos culturales que revelan diferentes aspectos de la organización política, social y económica de las comunidades prototartésicas. Uno de esos elementos, polémico en cuanto a su interpretación, cronología y funcionalidad -por lo cual ha de tomarse con cautela- son las denominadas estelas del suroeste o estelas decoradas, divididas terminológicamente hablando, a su vez, en estelas de guerrero y estelas diademadas, en función de la iconografía representada.

El estudio de las estelas nos introduce en la denominada "precolonización", vital para comprender el origen de la cultura tartésica y el propio desarrollo de las estelas. Respecto a su

localización, han sido definidas cuatro zonas geográficas principales: Sierra de Gata, Valle del Tajo-Sierra de Montánchez, Valle del Guadiana-Valle del Zújar y Valle del Guadalquivir (Celestino, 2001: 23-45). Las estelas están en relación con zonas de paso cuyo control, efectivo o visual, puede ser considerado relevante, constituyendo referencias en el paisaje para quienes transitaran por él. El paisaje que circunda las estelas se caracterizaría por la presencia de penillanuras, serranías y ondulaciones del terreno con una deforestación total y unas cualidades agrarias muy deficientes, siendo los pastos los más aptos para la productividad económica de la zona (Ibid.: 56 y 57). El territorio de estudio respondía a la abundancia de recursos perfectos para una sociedad de economía recolectora y eminentemente ganadera, a la que habría que añadir su estratégica posición de tránsito como eje vertebrador de las relaciones entre Andalucía y la Meseta. Por estas cualidades ha sido denominado por los investigadores como "espacio de frontera permanente", aprovechado por los grupos humanos que lo habitaban para su propio desarrollo, siendo su papel el de intermediarios entre diferentes horizontes culturales. Serían muy probablemente en la movilidad de los rebaños de ovicápridos en los que descansarían los intercambios comerciales de estas gentes con las comunidades del sur (Ibid.: 67).

Por tanto, la razón esgrimida para explicar el surgimiento y el desarrollo de las estelas radicaría en un proceso de creciente territorialización que se estaría produciendo entre las comunidades del suroeste durante el Bronce Final peninsular. Serían el medio de señalar los accesos o salidas de áreas determinadas a modo de límites territoriales o avisos al viandante.

Por supuesto, al margen de las implicaciones en la mejora de la organización y distribución de los recursos, estas también reflejarían un cambio de percepción al concebir el medio natural ya no como paisaje sino como territorio (Galán, 1993: 35-38). Conllevando así los comienzos del desarrollo de su administración, parcelación y apropiación por parte de diferentes colectivos. Usando la terminología de Marcus, los elementos representados constituirían una iconografía del poder, un código que informara al observador no sólo de que penetraba en el territorio de alguien en particular o de un grupo, sino incluso del puesto en la jerarquía social ocupado. Las estelas serían, por tanto, un medio de legitimación del poder entre los miembros de unas jerarquías en ascenso (Ibid.: 51) y, a la vez, demostrarían la intensificación en el control de los recursos que muy probablemente éstas estimularían.

Las estelas, como se ha comentado anteriormente, reflejan una serie de elementos de cultura material, de carácter funerario, cuyo valor simbólico puede trascender la cronología de los referentes reales (Ibid.: 22). Los motivos iconográficos grabados, armas y objetos de adorno fundamentalmente, serían una forma de establecer la identidad y la posición del representado. Para Ruiz-Gálvez, el indigenismo de las estelas es notorio, destacando un claro componente atlántico. Sin dejar por ello de aceptar influencias centroeuropeas y mediterráneas, pero tampoco menoscabando la importancia de las estructuras sociales y los procesos autóctonos. Mientras las influencias atlánticas se pueden atestiguar hacia el siglo XII a.C., un siglo después se detecta la presencia de una corriente mediterránea que se exterioriza en las estelas mediante las fíbulas, espejos y carros, primeros elementos representados relacionados con el prestigio. Sería el control de excedentes, agrícolas en el Guadalquivir y ganaderos en el Tajo y Guadiana, lo que debió propiciar el nacimiento de la jerarquización social que se manifiesta en las estelas.

Estas condiciones parecen clave para afrontar la llegada de los fenicios hacia el siglo IX a.C., ya que encontrarían las redes comerciales fundamentales ya activadas, mientras que la jerarquización social permitiría la expansión agrícola y minera mediante el aporte de mano de obra, imposible en un medio social igualitario (Celestino, 2001: 274-277). La complejidad de las estelas iría pareja con la introducción de un nuevo sistema de valores, extrapeninsular, que fue en detrimento de esa imagen guerrera del hombre, más interesado, en los últimos momentos del fenómeno, en transmitir sus símbolos de poder a través del lujo y la ostentación de sus enseres con un grado de poder coercitivo consolidado (Ibid: 99).

Parece un hecho ya aceptado la existencia de contactos con el Mediterráneo previos a la colonización fenicia. La prueba estaría en la presencia de objetos de origen mediterráneo, anteriores al siglo VIII a.C., y en la existencia de un cierto movimiento de población desde las áreas periféricas de Tartessos hacia el futuro centro de desarrollo económico y sociocultural,

apareciendo nuevos asentamientos en la zona nuclear tartésica, nutridos por las gentes del Tajo y del Guadiana. El área del Mediterráneo central sería decisiva para entender la presencia de estos elementos orientales, siendo estos contactos esporádicos y efímeros.

El punto álgido de la expansión de las estelas debe situarse entre los siglos X-IX a.C. A partir de finales del siglo IX a.C., coincidiendo con el momento de apogeo de las estelas y de la incipiente colonización fenicia, comienzan a decaer (Ibid.: 210), siendo una de las causas las nuevas bases sobre las que se un nuevo orden económico, social y cultural. La inestabilidad poblacional, inherente a estas comunidades del Bronce Final, disminuiría en beneficio de un incipiente proceso de sedentarización y complejidad social (Galán, 1993, 56). Lo que a su vez concordaría con la necesidad del mismo para intensificar la producción local y permitir los intercambios de bienes de prestigio con los comerciantes fenicios. Estos, a su vez, redundarían en un fortalecimiento de las élites locales y un afianzamiento de su posición social dominante.

Probable consecuencia de lo anterior es que se producirían fenómenos de sinecismo aldeano configurando asentamientos en altura (*oppida*), con buena visibilidad y distanciados unos de otros. Para un mejor control de los recursos y el territorio. Francisco García Fernández ha descrito incluso como se podría ver una jerarquización de los centros en varias zonas del bajo Guadalquivir y que continuaría incluso hasta la cultura turdetana (García Fernández, 2005). En la campiña su estructura se dividiría en Asentamientos de primer orden (*oppida*); de segundo orden (torres y atalayas); de tercer orden (aldeas) y de cuarto orden (granjas) Continuando durante el periodo orientalizante, los *oppida* se constituirían en los ejes articuladores del territorio, ya que además de ocupar lugares dominantes con control visual, se situaban en las vías naturales de comunicación. Las estelas, por tanto, habrían sustituido el papel de control del territorio que ocuparían antes los asentamientos.

Una mención aparte merecen las estelas diademadas, interpretadas como el medio de simbolizar, en territorios fronterizos, intercambios de mujeres y alianzas matrimoniales (Celestino 2005: 233-260). Esto es importante, pues, marcando unas relaciones de parentesco entre grupos vecinos que, a su vez, garantizaba la "libre" circulación de bienes y personas se estarían buscando unas condiciones de relativa paz territorial que permitirían el desarrollo de prácticas de intercambio entre comunidades y mejorarían el control de los recursos de las comunidades por parte de las élites. Podemos comparar esta situación con un posible uso de la fuerza bélica ejercido por las jerarquías locales en época anterior al orientalizante para legitimar su posición social. El progresivo cese del mismo posibilitaría un posterior cambio de la mentalidad social y de las élites facilitando el camino a la progresiva introducción de los bienes de prestigio fenicios en estas comunidades. Los cuales (caso de las diademas) podrían haber sido intercambiados entre comunidades para establecer estas alianzas.

- **COLAPSO DEL MUNDO TARTÉSICO: LEY DE RENDIMIENTOS DECRECIENTES Y "COLONIZACIÓN AGRARIA".**

La creciente complejidad y jerarquización social a fines de la Edad del Bronce tuvo su correspondencia en la articulación del espacio en una red de asentamientos de primer orden conocidos como *oppida*. Este proceso de sinecismo o concentración de la población dispersa se concibe como síntoma del surgimiento de la ideología aristocrática en el sur de la Península Ibérica. Conformada esta ordenación del territorio tuvo lugar la denominada "colonización agraria", datada en el siglo VI a.C. y coincidente con la denominada crisis tartésica, siendo entendida como un proceso determinado por factores políticos y medioambientales: desde asentamientos matrices se produjeron iniciativas colonizadoras evidenciadas en una serie de asentamientos de pequeña extensión, en llano, carentes de sistemas defensivos y con una estructura urbana y una aplicación de técnicas arquitectónicas orientalizantes del sur -quizá de manera similar a la que se ha visto en lugares tan lejanos, pero que también mantenían relaciones de intercambio con sociedades más desarrolladas, como Heuneburg (Frankenstein y Rowlands, 1978)-.

En el caso de la periferia tartésica se trataría de una auténtica colonización agrícola

que supuso un cambio en el paisaje agrario. Supuso el acto de fijar en un territorio la morada de sus cultivadores y conlleva el acto de habitar en el terreno que se cultiva, ya que con anterioridad pudo estar trabajado por agricultores que vivían en una comunidad más alejada. Los grandes asentamientos tartésicos no pueden considerarse ciudades todavía, sino poblados, caracterizados por un modo de vida rural, no urbano (Ferrer y Bandera, 2005: 566).

La cuestión de la "colonización agraria" es un fenómeno que no se ha definido hasta fechas recientes por cuestiones metodológicas. Proyectos como el desarrollado por el Inst. Historia, Dep. Prehistoria, CSIC bajo la denominación de "Estudio arqueológico y paleoambiental de la comarca de la Serena: una vía para potenciar la economía y el turismo sostenido de Extremadura" (Proyecto I+D/FEDER: BHA2001-1308), son los garantes de un nuevo conocimiento aplicando la prospección sistemática en los estudios territoriales. Estudios de este tipo son lo que muestran y describen casos de colonización agraria en diferentes áreas de la tartésida y de su periferia (Bajo y Medio Guadalquivir, depresión de Ronda o Gadiana Medio): sobre una estructura territorial definida desde el Bronce Final, a lo largo del periodo orientalizador se inauguraron nuevos asentamientos en llano de orientación agrícola junto a fuentes de aprovisionamiento de agua y a cañadas. Asentamientos como Las Calañas de Marmolejo revelan la complejidad que podían tener estas pequeñas comunidades, pues además espacios dedicados a la habitación, disponían de zonas de producción para el consumo y de producción artesanal (Ferrer y Bandera, 2005: 567). Lo que se configura en este momento es un patrón de asentamiento polarizado en dos tipos básicos de asentamientos, los grandes poblados "de vado" en alto y las pequeñas ocupaciones en llano, en la órbita de los primeros.

Requisitos imprescindibles para estas colonizaciones agrarias serían, además de una base demográfica amplia, una iniciativa "política", es decir una comunidad socialmente capacitada para apropiarse de un territorio y repartirlo en lotes de tierras, y un territorio apto para el cultivo extensivo (Ibid.: 568). Para Ruiz y Molinos, el orientalizador es la expresión cultural de una forma de aparición y desarrollo de la aristocracia, residente en los *oppida*, cuya naturaleza se define en un sistema de dependencia basado en la institución de la clientela, de modo que la colonización agraria sería la puesta marcha de esta institución, o bien la única solución para una población que se excluía del nuevo sistema de relaciones sociales, manteniendo intactas las viejas relaciones patriarcales familiares. El modelo social gentilicio habría dado paso a la aristocracia clientelar, si bien los valores gentilicios no desaparecieron sino que se sostuvo en él (Ibid.: 570-571). El poder aristocrático reafirmaría la estructura agraria como forma dominante de explotación productiva, por lo que la propiedad de la tierra, en manos de unos pocos, sería prevalente, quedando el campesinado adscrito al uso condicionado del suelo. Las necrópolis de este periodo, como el espacio funerario de Hornos de Peal (Peal de Becerro, Jaén), mostrarían la secuencia evolutiva de este proceso (Ruiz y Molinos, 2005: 787-797).

Debemos poner esto en relación con el cambio progresivo de las áreas de comercio fenicias en la región tartésica: de la zona de Huelva se pasa a una intensificación de los contactos en áreas periféricas como la fachada atlántica de Portugal y el sur de Extremadura (también, coetáneamente, en la costa mediterránea de la Península, se observa un proceso similar de cambio del Sureste a la zona de Cataluña). Sin duda esto se debe a que las jerarquías locales (dentro de la progresiva complejización social y legitimadas por la posesión de bienes de prestigio) exigirían una mayor contraprestación a los comerciantes fenicios debido a la mayor dificultad y costo de organizar los recursos que conlleva un desarrollo demográfico y social. Ante esto (y en un proceso que también buscaría beneficios) progresivamente los fenicios fueron variando sus esferas de interés hacia áreas periféricas donde la relación de beneficios les fuera de nuevo favorable y no decreciente. Acelerarían así, pues, la complejización social de esos territorios que se aprovecharían así el resquicio que la pérdida de relaciones comerciales de otros hasta entonces socialmente más complejos había generado.

De hecho, en el valle del Gadiana la colonización agraria ha sido relacionada con la génesis de incipientes formaciones estatales, quizás monarquías de carácter sacro, y con un proceso de privatización de los antiguos terrenos de uso común. Ello se plasma en un nuevo

sistema de control de la tierra que coincide con la construcción de edificios monumentales de marcado carácter económico, y una reactivación de la actividad comercial reflejada en la intensificación de los contactos con el Alentejo y Algarve portugués en detrimento del sur y la Meseta (Celestino, 2005: 767).

Estas conclusiones son el fruto de trabajos de prospección sistemática o cobertura total ante la necesidad de conocer el territorio y la población que dio lugar a yacimientos monumentales como Cancho Roano, La Mata de Campanario o la Alcazaba de Badajoz (Ibid.: 772)

Estos estudios revelan la existencia, en época Orientalizante y Post-Orientalizante (VI-V a.C.), de un poblamiento alrededor de estos “complejos de prestigio”, económicos, territoriales y religiosos, formado por pequeñas unidades dispersas y no muy alejadas entre sí, cerca de los cursos fluviales. Un ejemplo de éstas lo constituye el poblado del Palomar, en Oliva de Mérida (Ibid.: 773), configurado por una trama urbana de edificios públicos, viviendas cuadrangulares con hornos comunales, calles, espacios empedrados y plazas, y respondiendo a un modelo arquitectónico y organizativo que sólo puede estar inspirado en el mundo tartésico del suroeste peninsular. Todo ello ha dado a Celestino Pérez motivos suficientes para pensar que se produjo una colonización agrícola de estas tierras por parte de gentes procedentes del área de Tartessos (Ibid.: 777). Nosotros proponemos que, en todo caso, debió de haber un desplazamiento de ese *flujo de energía* al que antes nos referíamos. Y esto puede implicar también el de un contingente demográfico (en sociedades cercanas al colapso mucha gente emigra de los antaño centros emergentes), pero no necesariamente hay que pensar que este aporte hubo de ser enorme y totalmente encauzado a la periferia.

Resumiendo, la colonización o repoblación de la periferia tartésica, incremento del papel en la vida económica, política y social de los centros de poder de este territorio, verdadera reserva económica, en todo caso debe interpretarse como una consecuencia de la confluencia de tres factores: un aumento demográfico, una vigorización de la jerarquización social y de la complejidad organizativa, y de un cambio de estrategia comercial que se debió producir en el foco tartésico. Hemos establecido que la causa más plausible de ese cambio sería una nueva estrategia comercial de los fenicios, más interesados a partir del siglo VI a.C. por el litoral atlántico portugués, aunque no se pueden descartar circunstancias naturales que bloquearan o rompieran el sistema socioeconómico de Tartessos y que obligara a buscar o a potenciar otras áreas (Ibid.). La nueva explotación agrícola del interior habría que entenderla como una consecuencia derivada de una nueva estrategia comercial y poblacional y no como un complemento económico del foco tartésico.

En palabras de diversos autores, como Sebastián Celestino, “la crisis de Tartessos parece obvio que existió, y su ocaso cultural significó el apogeo del interior, deudor de los nuevos focos que se desarrollan en el entorno de las desembocaduras del Tajo, el Sado o el Mondego”. Se interpreta esta crisis como el interés de los fenicios por los focos de producción del interior, lo que les llevaría a zonas más accesibles como es el caso del litoral portugués donde se abastecerían con mayores garantías de productos que anteriormente sólo podían conseguir a través de los intercambios tartésicos (Ibid: 707). Se reactivarían así los centros de producción del Bronce Final, utilizando unas vías de comunicación privilegiadas como son las de los ríos Guadiana y Tajo, lo que justificaría el jalonamiento de yacimientos orientalizantes hasta el interior de Extremadura, heredera cultural de Tartessos.

La destrucción de los edificios monumentales de la cuenca media del Guadiana a fines del siglo V a.C. supuso la extinción de un sistema político basado en las elites aristocráticas, substituido por un nuevo modelo de organización socioterritorial que no reemprende las relaciones de prestigio y económicas vigentes durante la fase anterior, consolidándose el ascenso de las elites aristocráticas de la Alta Andalucía, que alcanzan un nivel de desarrollo y complejidad que permite identificarlos, ahora sí, con estructuras estatales, cuyo poder económico y político se ejemplificará tanto en el ámbito funerario como en los monumentos honoríficos. (Gracia, 2005: 1180 y 1181). Los mercados extremeños se cerrarían porque se abrieron otros cuyos costes eran inferiores, por las circunstancias que fueran, pero siempre con el intento de evitar los beneficios decrecientes.

BIBLIOGRAFÍA.

Almagro Gorbea, M. (1996): *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*, Madrid, Real Academia de la Historia.

Alvar, J. (1993): "El ocaso de Tarteso". En: J. Alvar y J. M.^a Blázquez (eds) *Los enigmas de Tarteso: 187-200*, Madrid, Cátedra.

Celestino Pérez, S. (2001): *Estelas de guerrero y estelas diademandas. La precolonización y formación del mundo tartésico*, Barcelona, Bellaterra.

Celestino Pérez, S. (2005): "El Periodo Orientalizante en Extremadura y la colonización tartésica del interior". En: Celestino Pérez, S., Jiménez Ávila, J. El Periodo Orientalizante, *Anejos de Archivo Español de Arqueología*, III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental (2003), 35 (Tomo II), 767-785.

Del Castillo, A. (1988): *La caída de Tartessos como explicación para la formación de una estructura política*, León, El autor.

Delgado Hervás, A. (2005): "La transformación de la arquitectura residencial en Andalucía occidental durante el Orientalizante: una lectura social". En: Celestino Pérez, S., Jiménez Ávila, J. El Periodo Orientalizante, *Anejos de Archivo Español de Arqueología*, III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental (2003), 35 (Tomo II), 585-594.

Diamond, J. (1998): *Armas, gérmenes y acero: la sociedad humana y sus destinos*, Madrid, Debate.

Escacena Carrasco, J. L. (2000): *Arqueología protohistórica del sur de la Península Ibérica*, Madrid, Síntesis.

Ferrer Albelda, E., Bandera Romero, M. L. (2005): "El orto de Tartessos: la colonización agraria durante el Periodo Orientalizante". En: Celestino Pérez, S., Jiménez Ávila, J. El Periodo Orientalizante, *Anejos de Archivo Español de Arqueología*, III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental (2003), 35 (Tomo II), 565-574.

Frankenstein, S. (1997): *Arqueología del colonialismo. El impacto fenicio y griego en el sur de la Península Ibérica y el suroeste de Alemania*, Barcelona, Crítica.

Galán Domingo, E. (1993): *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del Suroeste de la Península Ibérica*, Madrid, Complutense.

García Fernández, F. J. (2005): "El poblamiento post-orientalizante en el Bajo Guadalquivir". En: Celestino Pérez, S., Jiménez Ávila, J. El Periodo Orientalizante, *Anejos de Archivo Español de Arqueología*, III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental (2003), 35 (Tomo II), 891-900.

Gracia Alonso, F. (2005): "Las cerámicas griegas en el área occidental de la Península Ibérica entre los siglos VI y IV a.C. El conjunto de materiales del palacio-santuario de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz)". En: Celestino Pérez, S., Jiménez Ávila, J. El Periodo Orientalizante, *Anejos de Archivo Español de Arqueología*, III Simposio Internacional de

Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental (2003), 35 (Tomo II), 1173-1197.

Jiménez Ávila, F. J. (2002): *La toréutica orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, Real academia de la Historia.

Plácido, D., Alvar, J., Wagner, C. G. (1996): "Consideraciones sobre el proceso de estatalización en la Península Ibérica". En: *Complutum (Extra)*, 6, II, 139-150.

Quigley, C. (1961): *The evolution of Civilisations: An Introduction to Historical Analysis*, Nueva York, Macmillan.

Rodríguez Díaz, A. y Enríquez Navascués J. J. (2001): *Extremadura tartésica*, Barcelona, Bellaterra.

Rowlands, M. J. y Frankestein S. (1978): "The internal structure and regional context of Early Iron Age society in south-western Germany", *Bulletin of the Institute of Archaeology* 15, London, 73-112.

Ruiz, A. y Molinos, M. (1992): *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Barcelona, Crítica.

Ruiz, A.; Molinos, M. (2005): "En la vida y en la muerte: El final del Periodo Orientalizante en el Alto Guadalquivir" 787-798

Tainter, J. (1988): *The collapse of complex societies*, Cambridge, Cambridge University Press.

Torres Ortiz, M. (2002): *Tartessos*, Madrid, Real Academia de la Historia.

Wagner, C. G. (1991): "La Historia Antigua y la Antropología: el caso de Tartessos". En: *Kolaios: I Jornadas de aproximación interdisciplinar para el estudio de la Antigüedad*, 1, 1-37.

Wagner, C. G. (1993): "Las estructuras del mundo tartésico". En: J. Alvar, J. y J. M. Blázquez, *Los enigmas de Tartessos*, Madrid, Cátedra, 103-116.

Walid Sbeinati, S. y Nuño Font, R. (2005): "Aplicaciones arqueogeográficas al estudio de las sociedades del Periodo Orientalizante: ¿Quién construyó Cancho Roano?". En: Celestino Pérez, S., Jiménez Ávila, J. El Periodo Orientalizante, *Anejos de Archivo Español de Arqueología*, III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental (2003), 35 (Tomo II), 977-983.

Wells, P. S. (1988): *Granjas, aldeas y ciudades: comercio y orígenes del urbanismo en la protohistoria europea*, Barcelona, Labor, 71-111.

Wells, P. S. (2001): *Beyond Celts, Germans and Scythians: Archaeology and Identity in Iron Age Europe*, London, Duckworth, 34-53.



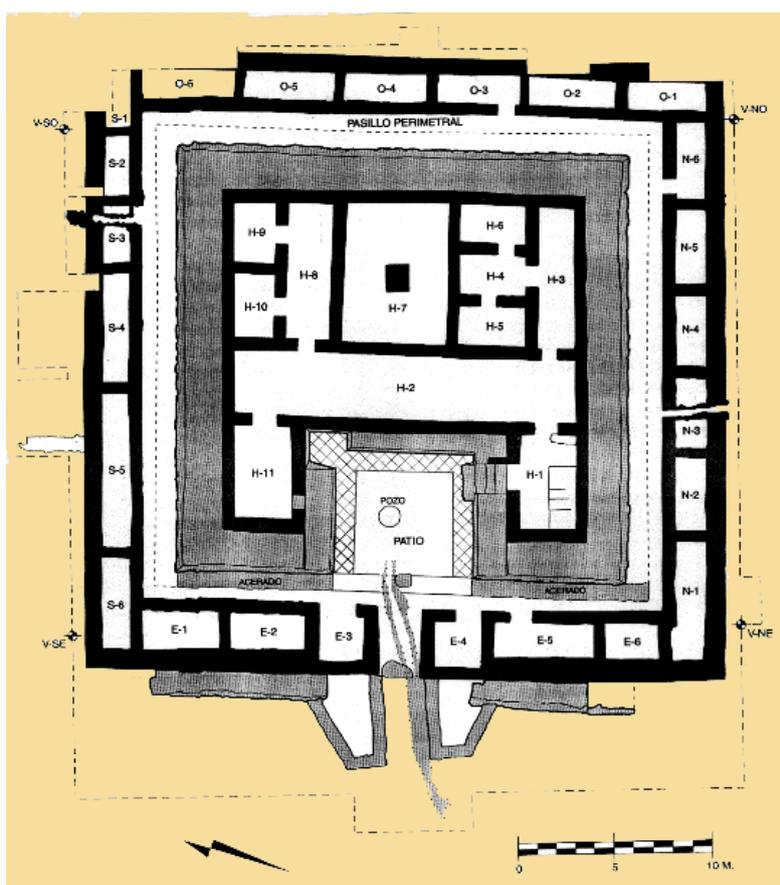
Estela de La Solana, Cáceres.



Panorámica general de la Península Ibérica: abajo a la izquierda Estrecho de Gibraltar y Golfo de Cádiz.



Detalle del Golfo de Cádiz y zona del Bajo Guadalquivir.



PLANTA DEL PALACIO DE CANCHO ROANO (ZALAMEA DE LA SERENA, BADAJOZ).